

R. P. Fray Mario José Petit de Murat O.P.

ESPECIFICACIÓN DE LA METAFÍSICA



www.traditio-op.org



TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

PRESENTACIÓN

Hemos respetado el título Especificación de la metafísica, puesto por el autor, a pesar que éste es sólo uno de los temas de los que se tratan en el presente opúsculo.

A modo del vuelo del águila —alto, sereno, escudriñador— el autor nos devela el concepto del ser y nos muestra su profunda influencia en la realidad.

Los principios y conclusiones expuestos por Petit de Murat en este breve pero denso y jugoso trabajo, que hoy se publica por primera vez, han sido desarrollados por el fraile en el curso que dictó sobre Teología de la Historia, cuya versión original y completa permanece aún inédita.

Tucumán, Mayo del 2004
(De la edición impresa:
al cuidado de:
Agustín P. Pestalardo
y Pascual Viejobueno).

SUMARIO

I - ESPECIFICACIÓN DE LA METAFÍSICA.

1 - Su objeto real (quod).

II - INTELIGENCIA, SER y REALIDAD.

1 - El ser, objeto pleno de la inteligencia.

2 - El ser y el apetito.

3 - Imperio del ser sobre la razón.

4 - Extensión del concepto de ser en la vida humana.

I - ESPECIFICACIÓN DE LA METAFÍSICA.

1 - Su objeto real (quod).

El objeto que determina a la metafísica como ciencia capital y sabiduría, es el ser, ese ámbito supremo donde toda cosa se mueve y existe.

No se llama así a la visión masiva y confusa que el hombre puede tener de los existentes en su conjunto, tampoco a un género potencial abstraído más allá de todo individuo, especie y género; está lejos, además, de ser un esquema mental que estructure dentro del hombre los aportes “caóticos” de los sentidos (Kant). En una palabra, el ser real no se encuentra en esa generalización espectral propia de los conceptualistas ni en la presencia informe y enigmática que los existencialistas llaman el existente.

Es la realidad augusta apetecida y buscada, en último término, por todos: lo único opuesto en absoluto a la nada. Sólo él otorga consistencia a las cosas hasta el punto de que son verdícas o falsas en la medida en que la partícula es la acepte o el no es la rechace. De esta manera se erige en referencia original y originante de toda cosa, especie y juicio, ciencia y arte. Sea el ser pleno, original y originante, sea el ser común originado y analógico, no es lo indiferenciado, un abstracto informe, definido posteriormente por los géneros, las especies y la individuación (Duns Escoto).

Pertenece a un estadio imaginativo del pensamiento, el cual deriva naturalmente hacia el panteísmo, concebir al ser común como algo confuso e indeterminado: “La abstracción formal (del tercer grado de abstracción) entrega a la inteligencia no géneros que a medida que se amplían en extensión disminuyen en comprensión, sino una perfección intensiva cada vez más plena” (González Álvarez, Ángel: Tratado de Metafísica. Ontología. Gredos, Madrid, 1979, pág. 54). Precisamente, la aptitud de una esencia para existir está en la nitidez, unidad y congruencia definitorias con que ella diga orden de inmediato a la nitidez, simplicidad, intensidad, que son notas propias del acto último, que es el existir.

Este, el existir, es tan él mismo, simple, incomparable, que la inteligencia humana no lo puede conocer conceptualmente: sólo lo puede contemplar. La normalidad del entendimiento y su penetración estriba en rastrear en las esencias la aptitud y habilidad mayor o menor de éstas con respecto del existir, logrando reposo cuando llega, en sus juicios, a formular con certeza la cópula es. Tomemos el término cópula en su fuerza de desposorio, de consumación de dos en la unidad, ya que la esencia no es, sino sólo conmensurada por el existir y la inteligencia no es, sino sólo conmensurada por las esencias.

Todas las cosas son y ninguna de ellas es todo el ser, pues es evidente que no existe una sola cosa sino muchas y que todas son y, a la vez, cada cosa es una unidad entitativa distinta de las otras, mostrando todas ellas, cada una, perfecciones distintas y que, siendo distintas, sin embargo todas son.

Así vemos que lo que existe tiene, en la misma línea del existir, una complejión propia y distinta, la cual es fundacional de la cosa, ya que, mientras los accidentes

mudan, dicha complexión dura tanto cuanto dure el acto de existir. Es decir, dicha estructura está en el mismo plano del acto único y final del existir.

Ese hecho universalísimo que se encuentra en cuanto cosa existe, es lo que estudia la metafísica.

“El objeto de la metafísica no es el ser desrealizado, pura potencialidad próxima a la nada, como acontecería en el ser que el lógico colocaría en la cúspide del Árbol de Porfirio, sino el ser real cuyo último acto es la existencia. En el término de la más pura abstracción formal encontramos el ser como esencia a la que compete existir. Abstraer de la existencia —si ello fuera posible— sería, en caso de que quedara un residuo metafísico, emprender la ruta del “esencialismo”. Prescindir de la esencia es olvidar que la existencia no es “un contenido”, que no existe sino en cuanto recibida en un algo (prescindimos ahora de Dios) y abrir la vía del “existencialismo”. No nos queda tampoco el derecho de hablar de meras existencias desnudas arrojadas en el mundo con el encargo de conquistar una esencia mediante su libertad creadora. Esencialismo y existencialismo son dos extorsiones metafísicas montadas sobre una deficiente teoría noética. La genuina metafísica habrá de ser, a la vez “esencial” y “existencial” porque su objeto formal propio es el ens cui competit esse” (Ibidem, pág. 59).

Mientras las otras ciencias estudian las causas y propiedades por las cuales son distintos los diversos géneros y aspectos formales de las cosas, la metafísica remonta todas las diferencias y reflexiona sobre las causas y propiedades fundamentales por las cuales todas ellas existen; la física estudia cómo y por qué los cuerpos puros son tales; la biología, las estructuras funcionales de la materia viviente; la etnología, los caracteres distintivos de las diversas razas humanas; la metafísica, en cambio, emplea a fondo la energía vital de la inteligencia para levantarse hasta la respuesta al porqué y cómo es esa fundamental densidad del astro, la ameba, la planta, el animal, para que sean algo fuera de la nada. Los límites de la física están fijados por la materia viviente, los de la biología por las potencias espirituales y la irradiación de éstas en el soma humano; los de la metafísica, en la nada. No estudia el porqué y el cómo los aspectos formales distintos de las cosas son distintos, sino el acto primero y soberano por el cual las cosas y sus aspectos formales distintos, existen.

II - INTELIGENCIA, SER Y REALIDAD.

1 - El ser, objeto pleno de la inteligencia.

Vemos que la metafísica estudia el objeto propio y especificante de la inteligencia humana, tal como es en su amplitud, universalidad y trascendencia primera, despojado de todo límite y contracción en tal ser particular, género o especie; supuesto último de cualquier sustancia, accidente, pensamiento y acción.

La magnitud de dicho objeto permite al hombre poseer de manera íntima al universo y a Dios, y marca así, la dignidad y nobleza de la criatura racional, ya que toda otra potencia cognoscitiva, en la tierra, es animal, y su aprehensión transitoria e interesada. El conocimiento intelectual, en cambio, alcanzando las esencias y las causas de las cosas, posee sin mudanzas lo que las cosas tienen de incorruptible.

En esa mayor magnitud se coloca la metafísica y por eso goza de la suma dignidad y nobleza del objeto de la inteligencia sobre las otras ciencias y artes, con lo cual merece que se la llame no sólo ciencia sino, sobre todo, sabiduría, pues mientras aquéllas consideran las cosas pertenecientes a un determinado género en las últimas causas de ese género, la metafísica las conoce en las universales y altísimas, de manera que abarca todos los géneros y tiene capacidad científica para conocer los primeros principios motrices de la argumentación y conclusiones de las ciencias menos universales.

2 - El ser y el apetito.

Pero el hombre y el ser no se unen únicamente en el campo del puro conocimiento: su pasión propia y distintiva es también por el ser (al cual, en este caso, lo llamamos el bien, lo bueno); tanto que, cuando aquél se derrama en las cosas breves de la carne y de la tierra no cesa de buscar un más que desgarrar la apocada medida de los sentidos y los apetitos sensibles. La peculiar intensidad, por ejemplo, con que dicha descarga apetitiva se arroja sobre la mujer, se debe a la mayor semejanza de la acción sexual con la posesión óptica; el hombre que vierte el caudal de su alma en ese cauce no queda en los términos concretos de la epidermis y órganos, de suyo anónimos, que realmente poseyó; lo hace bajo la tensa y abismal ilusión de que va a poseer a Clara, esto es, a la persona total, a la naturaleza humana viviente y concreta que el nombre de Clara significa.

Pero para entender la magnitud de esa pasión esencial que estamos señalando, basta recordar la intensidad y esfuerzos con que el hombre se aferra a la vida cuando está a punto de perderla; ni el ateo puede evitarla pues, por una parte, teoriza su absoluta conformidad con las mutaciones de la materia y dice aceptar, en consecuencia, los términos de la vida temporal —nacimiento y muerte— como los únicos verdaderos, mas, sin embargo, por otra parte, lucha con todas las fuerzas de sus ciencias para prolongarla y, si fuera posible, llegar a la juventud eterna. Lo mismo muestran los hombres reducidos a extrema miseria; cuando sus vidas consisten en cursar días vacíos de todo bien, no les queda al desnudo otra cosa, para persistir en la existencia, que el

apetito esencial de ella.

Podría continuarse con número interminable de ejemplos mostrando cómo, en el orden del apetito, toda vida de criatura, sea racional o irracional, recta o extraviada, manifiesta siempre como trasfondo constante, un patético enfrentamiento del ser con el no-ser, tanto más intenso cuanto el deslumbramiento y saciedad causado por el primero se destaca sobre las tinieblas y vaciedad del segundo. Son puntos finales, concluyentes de toda realidad, pensamiento y volición; polos distantes cuyo encuentro es trágico: todo quehacer del hombre se mueve entre ellos de tal modo que se habla de error, frustración, torpeza, fracaso, ausencia, y por último pecado y muerte, en la medida en que él se acerca al no-ser; de luz, verdad, bondad, presencia, virtud, paz, perfección, felicidad, en la medida en que avanza y alcanza su realización en el ser.

A la criatura intelectual, la cual por esto mismo tiene médula inmutable en medio del famoso río de Heráclito y del devenir sin tregua de Bergson, le cuesta mucho reconocer su vecindad con el no-ser, esto es, que existe flotando sobre la nada.

El origen, jerarquía y dimensiones de la metafísica están en ese hecho primordial.

3 - Imperio del ser sobre la razón.

Frente a esa última y decisiva proposición de la realidad, los hombres, como siempre, han pronunciado distintas respuestas, de manera que todo sistema filosófico o científico, aunque no lo quiera, se asienta sobre un concepto del ser. El materialista, trayendo ejemplo extremo, desprecia la metafísica; sin embargo, basta que afirme “todo es materia” para que revele la actitud ontológica que entraña; no consigue con ella otra cosa que mostrar la necesidad absoluta de lo que pretendía negar, pues para dar validez a la materia —al decir “es”— la refiera al ser, no a la materia misma, y para otorgarle categoría de primer principio absoluto de la realidad —diciendo “todo es”— intenta identificarla con la extensión universal de aquél; lo cual manifiesta, sin quererlo, una vez más, que todo, siempre y sin excepción alguna, es válido, existe y se mueve, hasta la última cosa y palabra, en la medida en que la original realidad del ser la reconozca y acepte.

El orden y los estratos de la realidad se repiten en la inteligencia y así, si el ser es primero y supremo en las cosas, el concepto de él es primero y supremo en la razón; esto es, se instaure como primer principio motriz de la argumentación, con lo cual las conclusiones y el sistema quedan impregnados y configurados por dicho concepto tanto como la realidad lo está por el ser.

La misma subordinación metafísica, necesaria y trascendental que origina al hombre en el orden físico, origina también su raciocinio y su motus vital en el orden intencional operativo.

Así como su ser natural está causado actual y constantemente por el ser subsistente, el único que puede comunicar existencia a las cosas que alguna vez no fueron, así también la razón humana no se mueve, tanto en la vida vulgar como en la ciencia, si no es movida por un concepto primero del ser, sea cual fuere, anterior a todo

otro conocimiento y juicio práctico.

Cuando un hombre, sabio o rudo, dice “es” o “no es” al juzgar una cosa, necesariamente la ha referido a un concepto previo y absoluto, definitorio; de otra manera, ya se trate de los garbanzos que ha de comer, ya de la interpretación científica de la desintegración del átomo, no podría pronunciar el juicio, pues así como no se puede afirmar que algo es blanco sin tener concepto de la blancura, ni que aquel animal es un perro si no se lo tiene de la naturaleza canina, así tampoco nadie puede afirmar que tal cosa es o no es si antes no hubiere concebido, mal o bien, lo que es necesario para existir fuera de la nada.

El dominio del ser es despótico sobre el raciocinio; su influjo, intrínseco al mismo en grado tal que su estructura de origen se comunica formalmente a la totalidad del pensamiento en su argumentación y conclusiones y de allí pasa a configurar y sellar toda vida humana, de sabio o de rudo, toda sociedad y movimiento histórico.

Terminemos este punto con tres ejemplos típicos:

El materialista consciente piensa que lo que es materia, es, y lo que no es materia no es; entonces, necesariamente, cuando se enfrenta con la existencia del entendimiento se desconcierta y cae en desatinos (“superestructura”, “sublimación”) incongruentes con su sistema; en cambio, con aplomo y gravedad “científica” afirmará la importancia de la producción de heladeras y televisores en la prosecución de su pueril concepción de la felicidad. Pero tan universal es el dominio del principio capital que tratamos, que el mismo contenido se encontrará, a pesar suyo, en aquél que creyéndose opuesto, combate al materialismo en las texturas superficiales de la sociedad, mientras por mentalidad inconsciente lo nutre, sin saberlo, en su vida común y sus conversaciones espontáneas.

Esta verdad es también clave para explicar la ineficacia de la predicación común de los tres últimos siglos. La mayoría de los sacerdotes, que lo son por profesión no vivida, al hablar de los Misterios de Cristo o de las verdades de la fe, presentan esquemas muertos y negativos; en cambio, se torna viva cuando mencionan “la felicidad de los pecadores”, “los placeres de este mundo”, “los sufrimientos de los justos”.

El encuentro de los hombres, por el contrario, es imposible cuando actúan mentalidades realmente distintas: póngase a un hindú, un burgués, un santo y un escéptico ante una misma situación decisiva como puede serlo Dios, la felicidad, la muerte, la mujer o el dinero y, es evidente, habrá cuatro respuestas distintas e, incluso, irreconciliables.

4 - Extensión del concepto del ser en la vida humana.

La primacía de ese primer concepto matriz del pensamiento no queda, como piensan los conceptualistas y los empiristas, en la razón, sino que su influencia pasa necesariamente del orden especulativo al operativo; así, el hombre, agente libre, traduce en vida cargada de múltiples relaciones con la realidad, la mente que lo anima.

Si buscamos otras palabras para expresar lo mismo, podríamos decir: la vida

humana se compone de dos movimientos intrínsecamente subordinados: uno, la entrada de la realidad en el hombre por la vía del conocimiento, el cual termina en la interpretación por el juicio y su estabilización subjetiva condensada en un núcleo de convicciones - primeros principios - mentalidad; el otro, de vuelta hacia la realidad con la descarga del mundo subjetivo por vía de amor, deseos y pasión. Lo mismo está dicho de manera más breve y abstracta en la conocida fórmula: Al orden de la intención sigue el de la ejecución.

Así, pues, el hombre es visitado por las cosas, las interpreta en el ser según la mentalidad que lo anime y retorna como sujeto agente sobre la realidad, actuando en consecuencia de aquella interpretación.

Ese segundo momento de la vida del hombre es de verificación de la mente humana en el ser real. Subrayamos: no en el ser lógico pues ella pertenece al oficio del filósofo, sino en el ser real, la cual recae sobre la lavandera, el oficinista, el científico, el artista, exactamente como los ensayos de las fórmulas bioquímicas recaen en los laboratorios sobre conejos y cobayos.

Filósofos y teólogos deberían pesar bien tan enorme cambio de materia y castigar sus pasiones hasta ordenarlas antes de formular una teoría puesto que, mientras ellos gozan en concebir un mundo dentro de sus cabezas, son los pueblos los que necesariamente prueban en su carne y en su sangre la verdad o falsedad de ese mundo.

El filósofo o teólogo, esto es, el sabio típico de una época, es el que formula el concepto del ser y, en él, el sistema de primeras conclusiones que explican, en ese mismo concepto, las cuestiones fundamentales gnoseológicas planteadas al hombre por la realidad; el pueblo, en cambio, vive y padece el retorno de dicho concepto-mente sobre lo real.

En una palabra: el filósofo lo concibe pero el pueblo lo vive, de tal manera que si esa capital concepción es acertada, la sociedad y la época se realizarán dentro del misterio de sabrosa y profunda diafanidad que el universo y su causa entrañan. Si es falsa, la sociedad y la época histórica informados por ella padecerán ilusión y descabros en la medida en que aquella primera concepción intencional sea falsa.

El punto que tratamos impone la objeción de que es imposible que toda una sociedad padezca el concepto del ser fraguado por sus sabios pues la inmensa mayoría de los hombres se mueven bajo el incentivo de atracciones inmediatas, permaneciendo, sin duda, extraños a las elucubraciones de los metafísicos.

Es verdad, pero esta objeción nos obliga a considerar la textura más profunda de la sociedad humana, llevándonos a descubrir que la concepción del ser que impere en una época es la causa eficiente que aglutina a los hombres en sociedad.

Es indudable que son muy pocos los capaces de concebir reflexivamente las cosas en el ser; en cambio, muchos cuya inteligencia está impedida de adquirir las verdades por sí mismos; sin embargo, tal límite no obsta para que en ellos haya aptitudes y complejión convenientes a otras disciplinas menos universales como lo son las matemáticas, la música, el gobierno, las ciencias empíricas o bien, que estén sólo capacitados con respecto de bienes particulares como, por ejemplo la albañilería, la

mecánica, el comercio, etc.

Por consiguiente, mientras los primeros tienen aptitud adquisitiva de las primeras causas de las cosas, los más tienen por disposiciones naturales de su propia complexión psico-somática, aptitud intelectual pasiva capaz de recibir y ejecutar en el ámbito de las verdades adquiridas por aquéllos. De esa manera, la sociedad se compone realmente como un cuerpo total, de cabeza y miembros. La unidad y trabazón la da el concepto del ser que impere en esa sociedad, formulado, como ya queda dicho, por el filósofo o teólogo tipo del momento cultural-histórico que vive; dicho concepto, con su bagaje de primeras conclusiones, pasa como núcleo mental-motriz a la comunidad, saturándola casi siempre inconscientemente e imprimiendo una morfología inconfundible a la finalidad, pensamiento, costumbres y obras de la época. En Hegel, por ejemplo, se explica el concepto moderno de cultura y la esperanza mítica de progreso, perfección y felicidad que el hombre actual ha puesto en el desarrollo de la ciudad del hombre y en el trabajo colectivo de las masas.

5 - La metafísica es ciencia experimentable.

Por consiguiente, tanto las vidas individuales como las trayectorias históricas de los pueblos no son más que el desenvolvimiento de la virtualidad universalísima de una determinada concepción del ser. Ellas se van resolviendo, no según lo que los teorizantes concibieron y prometieron, sino según lo que resulta del encuentro de la teoría que se haya instaurado como mente-motriz, ya del individuo, ya del proceso histórico, con la realidad.

Ésta, la realidad, no acepta otra clave para entregar sus caudales ópticos que la verdad y, mientras se entrega sin términos al que se mueve en exacta conformidad con ella, poco le importa de los pueblos, las civilizaciones, las disputas de los hombres y las opiniones de Descartes o de Kant, cuando yerran. Lo único que se puede afirmar con certeza corroborada por toda la historia, el teatro y la novela, es que ella destruye, arrasa y aplasta cuando no se la intenta poseer nada más que en la verdad. Vemos deshacerse vidas, posibilidades, aptitudes, como los médanos se deshacen en un paisaje de arenas arrastradas por el vendaval; este inmenso drama lo explican comúnmente hasta nuestros días —entre otros Rousseau— por circunstancias externas adversas, pero en realidad, sólo después de muchos siglos de obstinada destrucción de la ley natural de las aptitudes humanas, se llega a especialista, a capitalista, a corredor de comercio, a proletario, a morar en departamentos o casas colectivas, a aglutinarse en muchedumbres casi indiferenciadas; todo ello constituye al no-hombre obtenido por los que quisieron afirmar a esta criatura sin otra fuente, —para serlo— que su propia inmanencia.

Tal es, por consiguiente, la densidad, realidad y originalidad única del ser que, tanto el subsistente primero, como el ser común-analógico, no se adaptan a las teorías de los filósofos y científicos como si fueran materia informe en disponibilidad con respecto de las intenciones humanas, sino que, con soberanía absoluta, las aprueban colmándolas, o bien las reprueban destruyendo y aniquilando al agente libre que no coincida con él.

Esa es la verificación ciertamente terrible de la verdad o falsedad de la mente humana y por ella, de la metafísica, más allá de los argumentos y las opiniones.

La historia, mucho más que las obras de un genio, que una perfección personal lograda o que el apogeo cultural de una sociedad, es el despliegue y la expresión inmensa del hombre, de las virtualidades, potencias y modos de su naturaleza racional-sensible. Allí como en ninguna otra parte, se ve en grado patético su apertura hacia el ser, realizarse o bien enroscarse en fracasos y perversiones de términos insospechados. Lo que Chesterton pone en boca del Padre Brown con respecto del mal, se puede aplicar con rigor a la dialéctica inexorable de ese concepto-mente en los desenvolvimientos históricos: “Sabemos dónde comienza el mal pero no sabemos dónde termina”.

Entonces, frente a los conceptualistas y destacando la ficción de sus sistemas; frente también a las calumnias y los desprecios de los empiristas, debemos afirmar que la metafísica es ciencia experimentable en grado sumo; mejor dicho, necesariamente experimentada y verificada. La biología ensaya y comprueba en cobayos; la metafísica en el hombre, los pueblos son su materia de experimentación, y sus experiencias, de vida o muerte. Cuantas veces se promulga en la tierra un nuevo concepto del ser, toda una sociedad y todo un movimiento de la historia, intrínsecamente movidos por él, se lanzan por esa vía infinita hacia una perfección o un desastre.

Fr. Mario José Petit de Murat, O.P.

✘ ✘ ✘



Detalle de “Escuela de Atenas” por Rafael Sanzio.